

ANABEL.- En fin. Siete años...

ANÍBAL.- (*Evoçador.*) Siete preciosas gemas...

ANABEL.- Más siete días. Qué número, ¿verdad?

ANÍBAL.- Apocalíptico.

ANABEL.- (*Apaga el cigarro y se queda un momento observando el cenicero.*) Quería venir, te lo juro.

ANÍBAL.- Pues has llegado.

ANABEL.- (*Pausa, se levanta y deambula con inquietud por la estancia.*) ¡Cómo me jodió Alejandro! "¡No vaya a fallar!"

ANÍBAL.- Lo sé.

ANABEL.- Y antes le valía madre.

ANÍBAL.- No exactamente.

ANABEL.- ¡Sí, le valía madres!

ANÍBAL.- Se oponía.

ANABEL.- Es lo mismo.

ANÍBAL.- No.

ANABEL.- Bueno, tú me entiendes. Pinche Alejandro; todo lo enreda (*Se encamina hacia el bar.*)

ANÍBAL.- Los psicólogos así son.

ANABEL.- Son una bola de cabrones.

ANÍBAL.- Es parte de la terapia.

ANABEL.- Ni madres. ¡Viven del cuento!

ANÍBAL.- De nuestros cuentos.

ANABEL.- (*Observa la barra por detrás.*) ¡Cuánta miseria! Ni una pinche botella de whisky para las visitas.

ANÍBAL.- Nadie viene.

ANABEL.- ¿Y yo?

ANÍBAL.- Tú no eres una visita.

ANABEL.- ¿No?

ANÍBAL.- ¿Quieres que bajemos?

ANABEL.- Quiero bañarme. ¿Y el restaurante del mirador?

ANÍBAL.- ¿Cuál?

ANABEL.- El del pent-house.

ANÍBAL.- Ahora es una disco.

ANABEL.- ¡Qué buena onda!

ANÍBAL.- Pediré que traigan una jarra de té helado, ¿quieres?

ANABEL.- Olvídalo.

ANÍBAL.- O un whisky.

ANABEL.- Tomaré el jugo. (*Va a la cocina, él, programa algo en la computadora y se escucha tenuemente la balada de la luna con gran orquestación; queda unos momentos de espaldas observando la niebla del horizonte y finalmente, toma de un florero cercano un ramo marchito y lo deposita en el basurero de la cantina. Vestido hasta el piso y del color de*

la niebla, se dibuja, tenuemente, en la terraza, la figura de un ser andrógino, muy alto y delgado que canta la balada; ellos no se percatan de su presencia.) Esa versión no la conocía. ¿Es nueva?

ANÍBAL.- Relativamente. Ya no toco.

ANABEL.- No finjas. ¿Qué hacías cuando llegué?

ANÍBAL.- Tocaba para ti.

ANABEL.- ¡No me chingues!

ANÍBAL.- Te presentí.

ANABEL.- ¡Ah, cabrón! (Entra con una botella de champaña.) ¿Qué es esto?

ANÍBAL.- Champán.

ANABEL.- La tenías escondida en el refrigerador.

ANÍBAL.- La había olvidado.

ANABEL.- ¡No te hagas güey!

ANÍBAL.- Hace ocho días que no entro a la cocina.

ANABEL.- Una botella de champaña no se olvida así como así.

ANÍBAL.- Tienes razón, un vino amigable y compartido, no se olvida.

ANABEL.- No me digas que era para el aniver... (Entre halagada y avergonzada.) ¡Aníbal!

ANÍBAL.- Celebraremos hoy.

ANABEL.- (Lo abraza y se mecen al compás de la música.) ¿Valdrá la pena?

ANÍBAL.- ¡Pregunta inútil!

ANABEL.- Dos años separados...

ANÍBAL.- Pero cinco unidos.

ANABEL.- Hay que fregarse.

ANÍBAL.- Inténtalo (Bailan.)

ANABEL.- Eso me dijo Alejandro.

ANÍBAL.- Intentémoslo.

ANABEL.- Por pre... precripción...

ANÍBAL.- Prescripción.

ANABEL.- Por eso, médica.

ANÍBAL.- No.

ANABEL.- Bueno por receta psicoanalítica.

ANÍBAL.- Tampoco. Por nosotros (Pausa larga.)

ANABEL.- Quién sabe cuándo hicimos de esto un desmadre.

ANÍBAL.- Podríamos corregir su curso.

ANABEL.- Tal vez fue hace siete años.

ANÍBAL.- ¿Desde el principio?

ANABEL.- Tal vez...

ANÍBAL.- No sabíamos manejar las circunstancias.

ANABEL.- Te agredí mucho.

ANÍBAL.- Cada quién tenía sus formas.

ANABEL.- Sí. Tus padres...

ANÍBAL.- No hablemos de eso.

ANABEL.- ¿Por qué no?

ANÍBAL.- ¡Es nuestro día!

ANABEL.- Entre nosotros, haz de cuenta un cadillo. ¡Siempre!

ANÍBAL.- Shhh... escucha tu música *(Pausa.)* Qué recuerdos...

ANABEL.- Si tan sólo nos fueran quedando los buenos.

ANÍBAL.- Viviríamos de ellos... en ellos.

ANABEL.- Y recuperaríamos el paraíso perdido.

ANÍBAL.- Quizás... *(Termina la pieza y el andrógino sale; ellos continúan abrazados.)*

ANABEL.- Quizás... Brindemos por ese cofre que dices.

ANÍBAL.- ¿Cuál?

ANABEL.- ¡El de los recuerdos! Ten, ábrela; la champaña estaba junto a unas botanillas *(Va a la cocina.)*

ANÍBAL.- *(Va al bar y se prepara para destapar la botella.)* Ya no han de estar apetecibles. Encargaré algo.

ANABEL.- Primero les echamos un ojo a ver qué tal.

ANÍBAL.- Estarán resecos; duros *(Pausa, se escucha otra balada; canta un fagot.)*

ANABEL.- ¿Es otra balada?

ANÍBAL.- Sí.

ANABEL.- ¿Tuya?

ANÍBAL.- No... Tuya.

ANABEL.- ¿No que ya no?

ANÍBAL.- Fue lo que empecé hace ocho días, cuando perdí el miedo a la altura y quedó en la computadora *(Coloca dos copas de cristal cortado sobre la barra.)*

ANABEL.- ¿Y cómo se llama?

ANÍBAL.- No tiene nombre.

ANABEL.- Ponle: La gaviota.

ANÍBAL.- No suena a vuelo, más bien se oye el vacío. Si pudiera, le pondría Pigmalión *(Envuelve la botella en una servilleta.)*

ANABEL.- ¿Pigmalión? Qué nombre tan feo. ¡Esto se ve rico!

ANÍBAL.- Ya han de haber perdido su aroma y su sabor.

ANABEL.- ¿Por qué no la terminas?

ANÍBAL.- Si ahora pudiera, lo haría.

ANABEL.- *(Entra con una charola de fiambres.)* ¡Hazlo!

ANÍBAL.- No puedo.

ANABEL.- ¿Y si lloviera toda la tarde?

ANÍBAL.- *(Nostálgico.)* Si lloviera...

ANABEL.- ¡Te lanzaste a la fodonga!

ANÍBAL.- No.

ANABEL.- ¿Qué has hecho?

ANÍBAL.- Esperarte.

ANABEL.- No manches.

ANÍBAL.- No fue fácil.

ANABEL.- Para ti: todo es fácil.

ANÍBAL.- ¿Sigues pensando igual?

ANABEL.- Con dinero, ¿qué se atora?

ANÍBAL.- No vivimos en la opulencia.

ANABEL.- Mientras vivimos juntos.

ANÍBAL.- Y que te hace suponer...

ANABEL.- ¡Muerto el perro, se acabó la rabia! *(Come una rebanada de jamón serrano.)*

ANÍBAL.- ¿No está reseco?

ANABEL.- Está de poca. ¡Regresa la oveja perdida y regresa la herencia!

ANÍBAL.- Anabel: Algún día diferenciarás entre poseer dinero y tener la riqueza.

ANABEL.- Tal vez me muera antes.

ANÍBAL.- Tal vez sea pronto.

ANABEL.- *(Come bocadillos.)* Expícame: Por qué escribes una balada, y nomás de puntas se te ocurre comercializarla y pega. ¿Cuántos músicos chingones se pasan la vida tratando de lograr una oportunidad? ¡Y ni madres!

ANÍBAL.- Es la suerte.

ANABEL.- No manches. Son los contactos, las relaciones. Y luego: ¡Te vale!

ANÍBAL.- Tú sabes que para mí, la música es un pasatiempo.

ANABEL.- Toda tu vida ha sido un hobby, güey. ¿Qué hubiera pasado si continuaras vendiendo tu música?

ANÍBAL.- Ya no compongo.

ANABEL.- Lo que compusiste durante cinco años...

ANÍBAL.- ¿Cómo saberlo?

ANABEL.- Serías famoso.

ANÍBAL.- No hay manera de saberlo.

ANABEL.- ¡Eres un suertudo, güey! *(Deja la charola sobre un aparador de cristal y se dirige al bar.)*

ANÍBAL.- Contigo sí.

ANABEL.- Conmigo y sin mí. Siempre lo has sido. ¿Sabes cuándo lo supe? Desde que nos casamos; en la luna de miel, cuando en Roma entramos en aquella iglesia toda pintada.

ANÍBAL.- La Capilla Sixtina.

ANABEL.- ¡Nunca me aprenderé ese nombre tan gacho! Allí, allí me calló el veinte, frente a aquel Dios viejo barbón tendiéndole la mano a un Adán fodongo, con carota de crudo... Así caemos a este mundo cabrón la inmensa mayoría de los mortales (*Imita el acto con las manos*), con sólo esa vibra divina que no llega a tocarnos, pero hay muy pocos, unos cuantos que alcanza a tocar la mano de Dios. De esos eres tú. Lo que se dice un mimado de la suerte, estás forrado de billetes y con eso no hay puerta que se te cierre y todo porque tus pinches padres fueron unos pesudos...

ANÍBAL.- ¿Así pensabas desde que nos casamos?

ANABEL.- ¡Y además tienes mucho coco! ¡Y mírate ahora!

ANÍBAL.- Contéstame: ¿Así pensabas?

ANABEL.- No sé. ¡No sé nada! Este día está tan raro. (*Pausa, coloca sobre la barra el enfriador de botellas de cristal cortado.*) ¿Le pongo hielo?

ANÍBAL.- No es necesario.

ANABEL.- De pronto decides que la ciudad te aburre...

ANÍBAL.- Me cansa.

ANABEL.- Te aburre o te cansa, para el caso es lo mismo.

ANÍBAL.- No.

ANABEL.- Y te vienes a la orilla del mar.

ANÍBAL.- En estas playas nos conocimos, aquí iniciamos nuestro matrimonio. Este es nuestro regalo de bodas, en dónde más podría esperar tu regreso.

ANABEL.- En el barrio gótico.

ANÍBAL.- ¿Quieres ir a Barcelona? (*Se dispara el tapón.*) ¡Uy, uy, uy! (*Se desborda la espuma, lo festejan y ríen, mientras sirve en las copas.*)

ANABEL.- (*Brindan.*) ¡Chin, chin!

ANÍBAL.- ¡Chin, chin!

ANABEL.- ¡Hmm, rico! Esto no se echa a perder. (*Pausa larga de miradas expresivas mientras degustan el vino; él, delicadamente pone su mano sobre la de ella.*) ¿Y el yate? ¿Aún estás en el club?

ANÍBAL.- Desde que te fuiste, no voy.

ANABEL.- Ibas a vender las acciones. (*Va hacia los bocadillos.*)

ANÍBAL.- Pues, sí.

ANABEL.- ¿Y...?

ANÍBAL.- La desidia. ¿Quieres esquiar?

ANABEL.- Ha de estar todo arruinado.

ANÍBAL.- Su obligación es darles mantenimiento.

ANABEL.- (*Toma un bocadillo.*) ¿Y ésto qué es? (*Lo huele y lo deja.*) ¡Guácala, tu salmón!

ANÍBAL.- También hay frutas.

ANABEL.- Las vi.

ANÍBAL.- Vamos al club. Allí está todo.

ANABEL.- Todo abandonado.

ANÍBAL.- ¿Quieres velear?

ANABEL.- Quiero brindar.

ANÍBAL.- Brindemos (*Va hacia ella y se sirven.*)

ANABEL.- Por ti.

ANÍBAL.- Por nosotros... Ya está levantando la niebla.

ANABEL.- (*Coqueta.*) ¿Y si lloviera?

ANÍBAL.- Faltaría un pianito francés (*Ríen.*)

ANABEL.- La bahía parece un sueño... ¡Chin, chin! (*Brindan y tintinean las copas.*)

ANÍBAL.- ¡Chin, chin! (*Pausa, paladean el vino y le acaricia la mano.*) Que hermosas son tus manos.

ANABEL.- Cuando sueñas, ¿qué sueñas?

ANÍBAL.- No sueño (*Observando sus manos.*) Son como esculpidas en marfil.

ANABEL.- ¿Escupidas?

ANÍBAL.- Escupidas y sonrosadas por la vida. (*Anabel ríe, chocan las copas y beben.*)

ANABEL.- Alejandro dice que todos soñamos.

ANÍBAL.- Bueno, si sueño no me acuerdo.

ANABEL.- Yo, ahora tengo sueños raros.

ANÍBAL.- Todos los sueños son raros.

ANABEL.- No todos.

ANÍBAL.- ¡Espera, ahora recuerdo algo!

ANABEL.- ¿No qué no?

ANÍBAL.- Fue como el nacimiento de Venus, de la musicalidad de una ola, los sonidos se convertían en materia sólida.

ANABEL.- ¡Qué loco! ¿Y lo has vuelto a soñar?

ANÍBAL.- No.

ANABEL.- Los míos se repiten y se repiten.

ANÍBAL.- ¿Qué sueñas?

ANABEL.- A una mujer o un hombre; no sé qué es: Abro una puerta y allí está, abro otra y lo mismo, siempre detrás de una puerta... Bien gacho.

ANÍBAL.- Como cuando llegaste.

ANABEL.- Haz de cuenta, pero esa cosa algo me dice y no le entiendo; entonces avanza hacia mí, avanza y avanza hasta que me despierta.

ANÍBAL.- ¿Y?

ANABEL.- Y ya, eso es todo. Esta vestida o vesti... ahora no me recuerdo.

ANÍBAL.- ¿Te angustia?

ANABEL.- Pues sí.

ANÍBAL.- Entonces olvídale (*Brinda.*) Por tu regreso.

ANABEL.- Por mi visita.

ANÍBAL.- Sé que te quedarás.